

Conversación espiritual

Arthur W. Pink (1886-1952)

«Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal» (Colosenses 4:6) ¡Qué noble facultad es el habla! De todas las criaturas de la tierra, sólo el hombre la posee. Del mismo modo que el poder razonar, esta es una de las cosas que sitúa al hombre por encima de los animales —pues no hay comparación entre el parloteo de un simio, o la cháchara de un loro, y el lenguaje articulado del hombre. ¡Qué influyente facultad es el habla! Lo que decimos es capaz de afectar eternamente en aquellos que nos oyen, y por tanto la Biblia equipara nuestras palabras con nuestras obras. ¡Cuán a menudo la oratoria de un solo hombre ha influenciado a toda una nación! No sabemos cuán profundamente impresionado, ayudado, o lastimado puede ser otro por una sola declaración. El habla es capaz de prestar un servicio elevado y de gran alcance. El hombre nunca es más

majestuoso que cuando habla con dignidad, autoridad, y poder. El habla es, en efecto, una dádiva bendita, pero también es una carga de responsabilidad. Dios nos pedirá cuentas estrictas del uso que hagamos de nuestra lengua: «Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado» (Mateo 12:36-37). ¡Qué consideración tan inefable y solemne!

Si bien es capaz de producir mucho bien, *la lengua también tiene poder para mucho mal*. Este don valioso del Creador es pervertido con frecuencia, sí, generalmente empleado a un mal uso. ¡Qué culpa es adquirida, qué desolación se produce, a causa de la profanidad, de las palabras deshonestas, de la calumnia, de las expresiones airadas y crueles, de los chismes! Cuánta necesidad tenemos cada uno de nosotros de clamar diariamente a Dios: «Pon guarda a mi boca,

oh Jehová; guarda la puerta de mis labios» (Salmo 141:3). ¡De cuánto chisme y plática ociosa son culpables los hijos de Dios! En el inglés antiguo, la palabra *gossip* era “God sip”, que significaba “relacionado con Dios”; pero, lamentablemente, ahora el chisme se asemeja mucho más al diablo. ¡Cuán pocos son los que tienen la conciencia de abstenerse de participar o alentar (al escucharlas) conversaciones sin provecho! Mejor nos fuera guardar silencio y ser considerados torpes por nuestros semejantes, que prostituir esta facultad con un torrente de palabras vacías y vanas, que es peor que inútil; puesto que «en las muchas palabras no falta pecado; mas el que refrena sus labios es prudente» (Proverbios 10:19). Incluso cuando se trata de un tema de conversación instructivo y edificante, ¡con cuánta rapidez procura el oyente promedio desviarlo algo más trivial!

El habla de una persona es un indicador seguro de su carácter, pues «de la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo 12:34). Uno no tiene que emitir un juicio condenatorio sobre su prójimo cuando escucha su vano y vulgar, o tonto y sin sentido, parloteo, porque él proclama claramente lo que es por sus propios labios. «La boca de los necios hablará sandeces» (Proverbios 15:2). El agua no sube por encima de su propio nivel, y un pozo inmundo tampoco produce lo que es apto para beber. «Ellos son del mundo; *por eso* hablan del mundo, y el mundo los oye» (1 Juan 4:5). Cuántos mundanos blanqueados o respetables hay entonces en las «iglesias», pues su conversación cotidiana apenas trata de otra cosa que no sea alguna faceta de este mundo. Tal como es la naturaleza de un hombre, así es su discurso. La porción de un hombre natural es temporal y, como sus intereses se limitan a ella, ni sus aspiraciones, pensamientos o hablar se elevan más alto. Donde está el tesoro de un hombre, allí está también su corazón; y

puesto que el tesoro del no regenerado se limita a las cosas del tiempo y del sentido, y su corazón está absorbido por ellas, su hablar gira en torno a ellas.

El poder de hablar es un bendito privilegio, pero conlleva una solemne responsabilidad. ¿Cómo estoy yo —y cómo estás tú— usando este talento? Puesto que es un don divino, ¿no debería ser consagrado a Dios? Sin embargo, cuán pocos, aún entre los hijos de Dios, parecen darse cuenta de que es tanto su deber como privilegio dedicar definitivamente sus lenguas al Señor. «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (Romanos 12:1). Esto es, tu cuerpo como un todo y en todas sus partes: «presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia» (Romanos 6:13); y de entre esos miembros, ¡uno de los más importantes

e influyentes es la *lengua*! Ya no te pertenece, sino que ha sido comprada «por precio» (1 Corintios 6:20). Los cristianos deberían distinguirse de los no cristianos por sus conversaciones, así como por todo lo demás. Su llamamiento (Hebreos 3:1), su ciudadanía (Filipenses 3:20), su herencia —cada uno es celestial, ¿y no debería serlo también su hablar? «La lengua apacible es árbol de vida» (Proverbios 15:4), ministrando refrigerio, instrucción sana y sustanciosa a otros. Procura hacer que tu conversación sea espiritualmente provechosa para tus semejantes.

«*Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal*» (Colosenses 4:6), especialmente cuando conversas con los hijos de Dios. Es así como debemos emplear nuestras lenguas, y como el Señor nos ha mandado a usarlas: nuestro hablar debe estar sazonado con verdadera piedad, con sabor a cosas celestiales, elevando el oído espiritual,

de tal manera que «sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes» (Efesios 4:29). Ciertamente, aquel cuyos afectos están puestos en las cosas de arriba, hallará deleite en hablar sobre ellas a un alma receptiva. Si Cristo es para ustedes el «señalado entre diez mil» (Cantares 5:10), ¿no deberían entonces ensalzarlo? Tal vez digas: “Me encantaría, pero no poseo la lengua de los sabios”. Pero si la Palabra de Cristo mora en abundancia en ti (Colosenses 3:16), cuando te encuentres con uno de los suyos, ¿no hablarás espontáneamente de su excelencia? En efecto, es inútil abrir el grifo si el barril está vacío, pero si tu corazón está realmente ocupado con Aquel que es «todo codiciable» (Cantares 5:16), entonces de la abundancia de tu corazón hablará tu boca.

No que todo cristiano sea competente para predicar un sermón completo a su más íntimo amigo, pero cuando se encuentre con un miembro de la Casa de la Fe, debería ser capaz de decir algo que pueda ayudarlo y

animarlo. Puede ser simplemente citar un solo precepto o promesa, pero a menudo eso significa mucho para un compañero peregrino que está desalentado y cabizbajo a causa de las dificultades del camino. «Y la palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!» (Proverbios 15:23): sí, sólo una palabra, si es motivada por el Espíritu Santo. «Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene [que emana de un corazón compasivo y lleno de gracia]»; como deliciosas naranjas con sus hojas brillantes de fondo. Sólo el día venidero revelará cuántos viajeros en el sendero de la vida siguieron adelante con ánimo y fuerza renovados después de recibir una palabra edificante de un humilde cristiano, como también revelará cuántas oportunidades de oro perdimos de pronunciar tal palabra. De nuestro Salvador se dice: «La gracia se derramó en tus labios» (Salmo 45:2); y aun sus enemigos están obligados a admitir: «¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!» (Juan 7:46).

Procura, entonces, aprender de él y parecerle más a él.

Si los cristianos están en un estado de alma saludable, *no deberían nunca perderse ningún tema de conversación espiritual* cuando se reúnen entre sí. Entonces debería cada uno de ellos tener ocasión para decir: «Bendeciré a Jehová en todo tiempo; su alabanza estará de continuo en mi boca... Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre» (Salmo 34:1, 3). Estaremos entonces empleando nuestras lenguas para un buen fin. «En la hermosura de la gloria de tu magnificencia, y en tus hechos maravillosos... publicaré tu grandeza... Proclamarán la memoria de tu inmensa bondad... La gloria de tu reino digan, y hablen de tu poder» (Salmo 145:5-7, 11). ¡Qué temas tan adecuados para los labios de los redimidos! En verdad, son temas apropiados para la conversación espiritual que edificará a unos y otros. En lugar de ocuparte de las triviali-

dades efímeras que acaparan los pensamientos de los no regenerados, ejercita tu mente y lengua en aquellas inefables y eternas verdades que los ángeles se deleitan en contemplar. Mientras lo haces, los corazones de tus oyentes arderán dentro de ellos, sus almas se regocijarán, y tu Maestro será engrandecido. Tal conversación espiritual está grabada en lo alto (Malaquías 3:16), pues *nada que concierna a Cristo puede perderse o quedar sin recompensa.*



www.ChapelLibrary.org